

INSISTAMOS EN LA PLAZA DE COLÓN

El día 15 de abril de este año 1971 se convocó una Sesión sobre la Plaza de Colón, de cuyo concurso ya existía el número de *Arquitectura* del mes de marzo dedicado al mismo para el debido conocimiento de los asistentes. Esta reunión se planteó con la intención de proporcionar al Ayuntamiento unas opiniones que le permitieran actuar con un mayor conocimiento del tema, expresado en las citadas opiniones de los técnicos allí reunidos.

Por una serie de circunstancias la Sesión no cumplió este objetivo y, estimando que el tema tiene interés e importancia para Madrid y habida cuenta que esta Revista es el órgano del Colegio de Arquitectos de Madrid, hemos solicitado opiniones a algunos de los asistentes y que a continuación se publican. Opiniones que se encabezan con la carta que nos envió el arquitecto Fernando Chueca, de reconocida autoridad y prestigio.

Si de algo pueden servir estas notas para la mejor solución de este núcleo de la capital nos daremos por satisfechos rogando al lector disculpe por la insistente machaconería sobre la plaza en cuestión.

NO acudí ayer al coloquio de las Sesiones de Crítica de Arquitectura que tuvisteis en el Ministerio de la Vivienda por considerar que estos problemas tan polémicos son difíciles hoy día de exponer en reuniones muy numerosas, donde las intervenciones de cada cual tienen que ser fatalmente improvisadas y donde es muy difícil llegar con serenidad a un contraste de opiniones realmente eficaz. Las personas que más intervienen suelen hacerlo con ánimo de defender tesis o proyectos personales por encima de todo, aprovechando casi siempre la ocasión para arrimar el ascua a su sardina. Desde hace algún tiempo por desgracia me siento muy poco identificado con los criterios urbanísticos-arquitectónicos, que prevalecen hoy en día en Madrid y que están dando por resultado tantas catástrofes de las que siempre nos dolemos a posteriori pero que jamás preveemos en el momento de acometer las soluciones, porque en ese momento parece que cuanto más audaces y arriesgadas sean éstas, mejor ambiente y aplauso van a encontrar.

Con relación al solar de la Casa de la Moneda tú sabes, como tanta gente, lo que yo luché por defender los famosos jareños. En aquel momento, es cierto, se oyeron también voces prudentes y opiniones en el mismo sentido, pero faltó fuerza y decisión para impedir que se llevara a cabo lo que nunca debió hacerse. Hoy es ya casi clamor general el considerar que la pérdida de los jareños ha sido algo nefasto. Pero ya es tarde. Ahora se abre el segundo acto de este drama y después de un concurso de ideas la solución de lo que va a ocurrir con el solar de la Casa de la Moneda es un problema que se presenta dubitativo e incierto.

Hoy en día con la desaparición de los jareños lo único que podemos conseguir es la valoración de un espacio urbano despejado, grandioso, sereno y de líneas tranquilas y parece ser que vamos precisamente por un camino totalmente opuesto. Ahora que ese espacio vacío, desnudo, enarenado puede tener una cierta grandeza nos vamos a empeñar en complicarlo, torturarlo,

amanerarlo, en una palabra, descomponer lo único interesante que puede dar de sí. Complicados esquemas circulatorios, rampas, lazos, tréboles, soluciones que más tienen que ver con complejos de autopista que con espacios urbanos, pueden dar al traste con esto que decimos.

A los concursos, por razones obvias, acuden los arquitectos más jóvenes y aunque éstos estén llenos de ideas propenden por un impulso muy natural y que tú conoces lo mismo que yo a convertirlos en un ejercicio de lucimiento personal, demostrando todos sus conocimientos y haciendo de sus conocimientos un alarde de lo que consideran estar más al día. Pero la verdad es que en concursos y temas como éste lo que hace falta es serenidad y experiencia, que en general faltan a los jóvenes, a los que sus pocos años les hacen ser acometedores y propensos siempre al experimento, sin pensar en las consecuencias que esta mentalidad experimental puede acarrear. Antiguamente los grandes conjuntos urbanos, fuera en Roma, fuera en París, o en cualquier gran ciudad eran trazados por arquitectos maduros, por gentes equilibradas y que actuaban con un sentido de responsabilidad y experiencia que no pueden tener los juveniles proyectistas de hoy.

La impresión que me dan los proyectos para la Casa de la Moneda es que todos los concursantes han tratado de buscarle tres pies al gato, seguramente por considerar que una solución armoniosa, discreta y tranquila frustraría sus apetencias exhibicionistas, por consiguiente, como ves, mis ideas son muy diferentes de las que hoy parecen prevalecer para este caso concreto que nos ocupa, y eso mismo me retrajo de acudir al coloquio donde mis opiniones hubieran sido algo así como predicar en el desierto o mejor dicho hablar un lenguaje muy distinto del habitual. Para que te des mejor cuenta de mis pensamientos te mando un croquis que a mi entender es mucho más elocuente que todo lo que yo te pudiera decir. Este croquis podrá producir un encogimiento

de hombros o una benévola y conmisericordiosa sonrisa en muchos que lo contemplen pensando al verlo que, como vulgarmente se dice, para ese viaje no hacen falta alforjas. Pero es precisamente lo que yo creo; que estamos desorbitando las cosas y que estamos perdiendo el buen sentido, la naturalidad y la serenidad que antaño prevalecía en estas cuestiones. Tratar de realizar por ejemplo en este lugar un jardín pintoresco, de traza un tanto confusionaria, para eludir el problema de la organización de este espacio urbano, me parece buscar una solución conciliatoria que no va a conducirnos a nada. Querer por una parte servir de marco a la arquitectura clásica de la Biblioteca con su dignidad y majestuosas proporciones y al mismo tiempo a los edificios comerciales de enfrente y a las peculiares torres de Lamela me parece algo así como el intento de servir a dos dueños muy distintos, cosa que nunca ha dado buen resultado y de lo que ha solido sacar partido la literatura ampliamente.

Por eso yo he considerado y consideraba siempre que los edificios de Jareño servían para delimitar perfectamente dos ambientes, el clásico de la biblioteca y el funcional de la acera de enfrente; hoy en día han desaparecido los jareños y esta barrera ha caído, pero no por eso, no nos engañemos, estos espacios se han fundido y siempre quedará el espacio resultante del solar de la Casa de la Moneda más vinculado al ambiente clásico de la Biblioteca, a no ser que lo transformemos tanto que dejemos a la Biblioteca "flotando" en un caos inverosímil.

Por eso mi idea es que este espacio se vincule decididamente al mandato de la Biblioteca, se ordene con la máxima claridad y sencillez, se obtengan los mejores resultados que posibiliten este espacio sin complicarlo y se ordenen de una manera también sencilla pero rigurosa los alzados de las edificaciones de la calle de Serrano entre Goya y Jorge Juan y de la calle de Goya entre la Castellana y Serrano.

Los edificios del frente de Serrano, que estaban pensados para un contexto urbano que ahora se ha destruido, se pueden remodelar con facilidad y sin grandes problemas, se pueden

subir dos o tres pisos manteniendo la estructura, ritmo y tratamiento que hoy tienen, obligando a que la casa que disuena de la esquina de Serrano y Jorge Juan se remodele totalmente cambiando sus fachadas y sus materiales.

Por otro lado habría que remodelar también la acera de la calle de Goya en la que habría que tomar como base para alturas y volúmenes el edificio de Gutiérrez Soto con vistas a ordenarlo todo con tacto y discreción. Así quedaría una plaza semicerrada, fachadas coherentes y equilibradas y abierta por uno de los lados al río circulatorio de la Castellana. En medio de este espacio podría colocarse el monumento a Colón, nada desdeñable y que

rigurosa. Podrían colocarse como satélites de tiene por su forma aspecto de obelisco que le permite ser el centro de una composición este obelisco dos fuentes sencillas de traza noble y monumental que podrían ser elementos destacados para llevar a cabo el tratamiento superficial del pavimento de la plaza.

Estas son mis ideas o muy arcaicas o muy nuevas, porque no sabemos al final lo que va a prevalecer, ni si cansados de tantas piruetas el mundo va a llegar un día a sentar cabeza.

Lo que si te quiero decir es que mi ausencia de este coloquio no es falta de inquietud ni de interés por el problema, que me angustia y me preocupa, sino escepticismo ante la posibilidad de ser oído y comprendido.

FERNANDO CHUECA GOITIA

LOS espacios libres son una cosa y los jardines o parques otra. La Plaza de la Concordia, en París, es un espacio libre y las Tullerías, a su lado, son un jardín.

En Madrid, desgraciadamente, no tenemos espacios libres propiamente dichos. El caso del solar de la antigua fábrica de la Moneda, nos ofrece la oportunidad de lograr el primero. Debiera tratarse con gran cuidado su composición arquitectónica. Nada de edificios ni de grandes masas de árboles que impidan la sensación de amplitud que ahora tiene y la contemplación de los edificios que la rodean, que debieran completarse derribando las casas de la calle de Serrano, comprendidas entre las calles de Goya y Jorge Juan, para sustituirlas por otras nuevas pensadas y construidas como un conjunto monumental.

Estar en plazas amplias, rodeadas de buena arquitectura, sin obstáculos que cierren las perspectivas, produce una sensación de tranquilidad, de bienestar y de gozo espiritual, sólo comparable a la contemplación de los anchos y severos campos de Castilla.

Es obvio advertir que las calles que rodeen el solar no han de ocultarse a la vista del espectador, porque su anchura se añade a la de la plaza.

CESAR CORT

EN efecto, consideramos que en el coloquio de la Sesión Crítica de Arquitectura del 15 de abril dedicado a la Plaza de Colón no se consiguió nada concreto y eficaz con vistas a una mayor información para la redacción del proyecto definitivo.

Todos los que intervenimos tendíamos a hacer, de una forma o de otra, una defensa de nuestras ideas o soluciones, es decir, procedíamos más o menos conscientemente, de una forma muy subjetiva. En estos momentos el problema no es ese; se trata de hacer observaciones o proponer ideas y soluciones, según nuestro leal saber y entender que puedan ayudar a la persona o personas que en su día redacten el proyecto definitivo, de la manera

más objetiva posible, a hacerles meditar serenamente sobre cuál debe ser la ordenación de la Plaza de Colón.

Creemos, en primer lugar, que no debemos discutir sobre denominaciones que, al fin y al cabo, es cuestión secundaria. Se trate de jardín o parque o plaza no debe entretener nuestro discurrir pues nada sumaría al objetivo de ayuda desinteresada que debe animarnos.

También opinamos que no cabe insistir con ideas planíderas acerca de los Jareños. Nosotros pretendíamos, en su momento oportuno defender por lo menos uno, el más bello de los dos y el que menos rompía las posibles perspectivas visuales, y que además podría haber sido útil no sólo como muestra interesante de un próximo pasado arquitectónico finisecular sino también como pequeño archivo-museo, para albergar servicios de la Hispanidad. No se consiguió y no cabe hablar más sobre este particular. Por mucho que lo tengamos que lamentar todos los madrileños es ya un hecho consumado.

En estos momentos se dispone de un gran espacio abierto entre cuatro frentes de fachadas muy heterogéneas arquitectónicamente considerados, El Palacio de Bibliotecas y Museos, calle de Serrano, calle de Goya y Nuevos edificios construidos y en período de construcción en la desembocadura de la calle Génova. Ya la convocatoria del concurso hacía alusión a este grave problema en su apartado 1.2 cuando decía: "...incluso pueden llegar a establecerse determinadas condiciones estéticas para los edificios de las calles adyacentes al espacio que se ha de ordenar y que pueden afectar al ornato del conjunto..."

Sin embargo, esta previsión difícilmente podrá desembocar en una solución que haga posible armonizar los cuatro costados de la plaza, existiendo arquitecturas tan dispares como son la del Palacio de Bibliotecas y Museos y la de los nuevos edificios de la desembocadura de la calle Génova, problema estético, por otra parte, ya planteado con anterioridad y que como tantos otros que actualmente se le plantean al Excmo. Ayuntamiento son debidos a la falta de meditación y carencia dentro del

mismo de un Departamento que velara por una estética urbana ajena a intereses particulares.

Lo que ha pasado aquí desde un punto de vista estético, es análogo a lo ocurrido con la desaparición de las calles en Boulevard. El arbolado de éstas ocultaba las fachadas de sus casas y al desaparecer aquél y dejar al desnudo las edificaciones, el aspecto es desolador. Después los habitantes de la ciudad se van, poco a poco, acostumbrando y tolerándolo.

Sin embargo, convencidos de que esta posición un tanto derrotista no se debe admitir y convencidos además de que, dando tiempo al tiempo como condición inherente al urbanismo, el comentado problema tiene solución, ni muy buena ni mala, debemos proponer que con optimismo y decisión, se vayan imponiendo las normas necesarias para conseguir armonizar las fachadas y volúmenes de la calle Goya y Serrano (entre Goya y Villanueva) y teniendo en cuenta el color y la textura del edificio de Biblioteca y Museos. Se nos ocurre apuntar ahora que ello podría ser motivo de otro nuevo concurso especialmente dedicado a éste tema, al tiempo difícil y bonito por los condicionantes que concurren en él.

La solución de crear jardín con arbolado defendería mucho de las arquitecturas circunstantes, en los casos de que se tratase de nuevas edificaciones, y mientras se corrigen las antiguas, un medio para disimularlas.

Ya insinuamos en el comentado coloquio que una cuestión importante se derivaba de uno de los condicionantes del concurso que era el de disponer un estacionamiento subterráneo para 1.000 coches. Dicho estacionamiento está en contradicción con la posibilidad de conseguir jardín con árboles de gran porte. Por otra parte, y desde el punto de vista urbanístico, se puede asegurar que es una mala solución para el tráfico y congestión existente, todo aquello que sea proporcionar a los habitantes de Madrid que circulan en vehículos particulares un foco más de atracción. Ello está en contradicción con la campaña iniciada por el Ayuntamiento para el mayor uso de los medios públicos de transporte de viajeros. Por idéntico razonamiento se podría desechar cualquier solución de urbanismo subterráneo en dicha zona.

Parece ser que, actualmente, está en la mente de la mayor parte de los interesados la idea de llegar a una solución, que produzca la mayor superficie de jardín posible, con ambiente reposado y de tranquilidad lo más separado que se pueda de toda circulación rodada. Adoptada esta solución la idea de prescindir totalmente o no o abrir en varios puntos la verja de cerramiento del edificio de Bibliotecas y Museos es cuestión que pasa a segundo término, por más que la prensa sensacionalista hable de ello como cosa importante.

La verdad es, y hay que hacerlo notar, que toda la prensa en general ha acusado de una manera lamentable la carencia absoluta de colaboradores que pudieran enjuiciar técnica, estética y urbanísticamente el problema que se planteaba en el concurso de la Plaza de Colón y sus resultados. No han dicho más que puerilidades, cuando no amaneradas opiniones, ajenas al complejo tema de que se trata.

Añadimos ahora las que, a nuestro juicio, deberían ser otras premisas previas al definitivo planteamiento:

No se deben disponer pasos superiores de circulación rodada, que romperían las magníficas perspectivas posibles en la zona, entre otras la del Palacio de Biblioteca y Museos, la del eje de Recoletos-Castellana etcétera.

Son necesarios los pasos inferiores para tratar de solucionar el problema de las circulaciones en especial las posibles intersecciones de las circulaciones rodadas y de peatones. En este aspecto se debe estudiar a fondo la posibilidad de canalizar por paso inferior la dirección Goya-Génova, dadas las impresionantes ventajas de todo tipo que esta solución reportaría. Lo decimos convencidos de la posibilidad material de realizarlo. Esto permitiría duplicar la superficie de parque o jardín, independizándolo de la circulación rodada; la continuidad del tratamiento de la ordenación ornamental del Salón del Prado y Paseo de Recoletos; la disminución de la contaminación atmosférica en la zona de reposo y descanso, la mayor fluidez de la circulación en Serrano y la Castellana etcétera.

Puestos a hablar del tema que estamos tratando, no podemos olvidar lo que a continuación comentamos:

Hay señores que a través del diario "ABC" abogaban, hace poco más o menos un año, por la construcción, en el solar de la Casa de la Moneda, del Nuevo Teatro Nacional de Opera. Sería interesante saber de dónde y con qué intenciones surgió esta proposición basada en una idea tan poderosa que hacía olvidar, incluso a los más veteranos y de criterio más reposado, que ello produciría una congestión de tráfico rodado de tal envergadura que representaría la muerte definitiva de dicha zona y de su entorno. Dejando esto al margen, lo que no acabamos de comprender es que estos señores, a caballo de una, por lo visto falsa, "Responsabilidad, serenidad y experiencia", abogen ahora por un espacio urbano despejado grandioso, sereno y de líneas tranquilas etc... ¿Es que la "serenidad, responsabilidad y experiencia" propias de su edad no son suficiente base para haber podido entrever esta última solución cuando abogaba por la otra? ¿Es que la serenidad y responsabilidad justifican el cambio de opinión en breve plazo, sobre un tema concreto? Todo esto quedaría explicado

suponiendo que la serenidad, sentido de la responsabilidad y experiencia se adquirieran en el plazo de un año. En este caso sería necesario aclarar si esto puede ocurrir a cualquier edad o solamente a la edad de los que critican a las jóvenes generaciones.

Por otra parte el que alguno de estos señores hagan comentarios tales como "La impresión que me dan los proyectos para la Casa de la Moneda es que todos los concursantes han tratado de buscarle tres pies al gato, seguramente por considerar que una solución armoniosa, discreta y tranquila frustraría sus apetencias exhibicionistas", nos hace pensar que no ha visto la exposición de los proyectos o bien que no los ha visto todos, o que no los ha querido ver.

Por último y teniendo en cuenta todo esto no nos extraña nada que tengan esa sensación que dicen de "escepticismo ante la posibilidad de ser oídos y comprendidos".

RAMON ANIBAL ALVAREZ IGNACIO PRIETO REVENGA

 PINIONES para que el Ayuntamiento las pueda considerar al ir a redactar el proyecto definitivo para la manzana que alojó a los Jareños.

La primera reacción es de agradecimiento y de alegría por el hecho de que el Ayuntamiento se pueda interesar por la opinión de los profesionales antes de la toma de decisiones.

La segunda reacción es ya menos optimista, se mezclan, recordando toda la desgraciada historia de la plaza de Colón, diversos sentimientos: escepticismo, lástima y un poco de irritación. Diría: "¡A buenas horas!"

HISTORIA

En todo este asunto, que creo que se remontará a hace unos 10 años, no han cambiado los métodos ni los resultados.

También entonces hubo una sesión de crítica que se organizó en el COAM, como tú recordarás. (También entonces se había consumado otro solar, el de Medinaceli).

—Se nos presentó un "Estado Actual" del Paseo de la Castellana que, demagógicamente fotografiado, era una verdadera lástima. Más adelante se proponía una "Nueva Ordenación" con una "Unidad Urbanística en esta plaza (Colón) que sea realmente el atrio de la nueva ordenación que se plantea en el paseo de la Castellana".

Por casualidad he encontrado unas notas-comentarios tomadas en aquel momento.

Transcribiré algunas cosas:

—“Se plantea un sistemático desprestigio de lo existente para justificar el paso de un Atila montado en bulldozer y con planes de ordenación aprobados por los guerreros de Walhalla. Se maneja el confucionismo en los ejemplos (se equiparan los apartamentos-torre de Gutiérrez Soto con la Embajada Americana) en los conceptos de densidad, en las propias edificaciones (se emplea como modelo el Hotel Sanvy y sólo se habla de un tejado de

fibro cemento que tiene por algún sitio la Casa de la Moneda)”.

—“Se habló de tráfico, no demasiado, y unas veces se adopta el criterio de concentración (para resolverlo mejor) y otras de dispersión (para eliminar el problema). No se consideran los accesos a los enlaces ferroviarios” (estamos en la época en que cualquier elemental previsión de tráfico en un plan era utópico).

—En el apartado d), “criterios para una nueva Ordenación”, de la hoja resumen de la citación a la sesión de crítica, se decía: “Mejorar la circulación de peatones ampliando la acera oeste de Calvo Sotelo (hoy nuevamente Castellana), dejar espacios para la parada de vehículos, subida y bajada de pasajeros, y resolver los problemas propios del aparcamiento”. (Hemos pasado del concepto tráfico-ratón al de tráfico-dios).

—En otro sitio se dice “se puede actuar en el solar del Palacio de Uceda (Medinaceli) y en los edificios adjuntos al de OMNIA”. (Todavía nadie se atrevía a hablar del “solar” de la Casa de la Moneda; todavía no era solar).

Y sigo transcribiendo:

—“¿Por qué no haber conservado el palacio de Medinaceli y construido el Centro Comercial de la prolongación del Generalísimo?”.

—“¿Por qué construir apartamentos, en la plaza de Colón, si cuando la hayamos destruido y construido los apartamentos, ya no será grato vivir en ellos?”.

...Y pasa el tiempo...

—Se construye en el solar de Medinaceli y se empieza en el de Omnia.

—Se paran las torres de Lamela (¿Qué más darán, ya, unos metros más o menos? En todo caso no será más que un problema de orden, importante, pero a otro nivel).

—Se derriban los Jareños (¿Qué eficacia en la Compañía Destructora: un tiempo récord!).

—Se pone un gran Arbol de Navidad (Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad).

—Se propone un concurso (Participación tardía en la responsabilidad).

—Se hacen unas bases (la uni-técnica, tráfico, no es pre-técnica?).

—Se nombra un jurado.

—Se falla un concurso.

—Se premian los miniparques y las autopistas (valores fácilmente contabilizables).

—Se decide, creo, aprovechar las ideas para hacer una nueva solución ideal (...?).

—Se hace una sesión de crítica.

—¿Interesa la opinión...?

DIVAGACIONES

—¿El profesional presenta alternativas para la decisión?

—¿Alguna alternativa, del profesional, justificará la decisión?

—La acción es la pérdida de todas las posibilidades, menos una. ¿Cómo habrá que meditar esa única posibilidad?

—La acción indiscriminada como salida ante los problemas. El reflejo condicionado sobre la meditación.

—Popularidad de la acción, como tal, a nivel de infracultura.

—“Agua pasada no mueve molino”. Pero creo que el problema no está en resolver mejor o peor la plaza de Colón. El problema está en que nos damos cuenta que hace unos años

teníamos un palacio, un edificio administrativo-industrial dignísimo (en Madrid hay pocos, no podemos permitirnos el lujo de eliminarlos) que rodeaban a una plaza con el descubridor de América. Y ahora tenemos un gran complejo, sin ocupar, de hormigón, granito y aluminio, unas torres en construcción paralizada, un solar, como producto de una bomba, y un descubridor con expediente de desahucio.

Hemos sustituido una encrucijada urbana con un carácter, que sólo da la vida, por un vacío urbano.

QUE NO SE VUELVA A REPETIR, POR FAVOR

—El urbanismo es la expresión del ambiente cultural de sus órganos directores. Es alucinante la diferencia que existe entre el Berlín Oriental y el Occidental. Sólo les separa un muro artificial y un sistema de organización; las gentes, las nubes, el suelo, son iguales.

Pasaré a enumerar los principios en que me basaría si tuviera que proyectar una utilización del vacío urbano creado.

ANÁLISIS DEL ENTORNO ACTUAL Y SU DEVENIR

—La visión unilateral del problema del tráfico, prescindiendo de otros valores, ha destruido el carácter, y destruirá el uso, del barrio de Salamanca (por otra parte el efecto multiplicador de iniciativas, producido por la esperanza de mejora del tráfico, anula sus efectos de mejora).

—El fenómeno, producido por la supresión de amplias aceras arboladas y bulevares, que ha transformado todo el barrio (haciéndolo pasar de uno de los conjuntos urbanos más gratos del mundo a otro de los más desangelados), aquí, al haberse suprimido una manzana entera, aparece más patente. Pero no es otra cosa que un caso más. Y esto no tiene arreglo.

—Pero estamos hablando de que se ha cambiado el continente, también, fatalmente, cambiará el contenido. No debemos analizar el problema con los viejos criterios.

—Antes estábamos en un barrio residencial, ahora, éste se está convirtiendo en un centro comercial; las viviendas se sustituyen por galerías comerciales y oficinas.

—La vida hogareña, en cierto aspecto contemplativa, se cambia por el frenesí del trabajo. El coche de niño se cambia por la ficha de control horario en la oficina.

—Las calles con innumerables canales de tráfico, colocan al usuario en la circunstancia del piloto de la carrera Panamericana. Nadie va a ver las fachadas. Si alguien lo hiciera no lo repetiría. No son ni interesantes, ni gratas.

—El aspecto de las fachadas no importa nada.

—El aspecto de la plaza de Colón desde el automóvil, en la nueva circunstancia, tampoco. No existe.

CONSECUENCIAS

—Se ha producido un vacío urbano rodeado del tráfico como peligro. No intentemos paliarlo. Aprovechémoslo. Adaptémoslo.

—En algunas playas con mucho viento, los bañistas hacen hoyos y se meten dentro a tomar el sol.

—En Nueva York han hecho algo así en el Rockefeller Center.

—Olvidémosnos del entorno y creemos un espacio que nos lo permita. No veamos, ni el tráfico, ni las cosas, que nos circundan. Creemos un islote, protegido del entorno, donde se pueda organizar una vida urbana con el nuevo carácter que necesitará este nuevo barrio que está surgiendo.

—Quizá, la solución a nivel elevado, participaría de algunas de las ventajas de las de nivel bajo y tuviera otras nuevas.

—A Colón, ¿no se le podría dejar donde está? Además podría ponerse un semáforo en la mano, a la vez útil y simbólico. (Al fin y al cabo no hizo más que buscar un camino nuevo, ¡Oh tráfico!, para ir a un nuevo mundo. (Lo primero, lo de dejarlo en su sitio, no es broma).

—Evitemos toda remodelación de las fachadas. No resulta. La cirugía estética se nota siempre. Recordemos esas señoras que se estiran la piel de la cara. Dan miedo, parecen máscaras. Esto me recuerda algo que leí hace tiempo en los periódicos: A Luis Mariano le hicieron un tratamiento de rejuvenecimiento, le pusieron el aparato circulatorio, el corazón y demás, a funcionar como a los 20 años, y el resto del organismo no lo resistió. Pobre. Murió.

—No intervengamos, en nuestra ciudad, con vanas cirugías de rejuvenecimiento orgánico o estético, porque, a lo peor, el organismo total no lo resiste. En un organismo vivo hay células que mueren y otras que nacen. Pero la cirugía es otro problema.

—Confucio decía que el mejor organizador es el que hace menos cosas.

—Aquí la solución más simple será la mejor.

MANUEL BARBERO REBOLLEDO

LA carta de Fernando Chueca me parece magnífica. Tanto, que resulta imposible añadir ninguna cosa importante.

Debo recordar que yo fui uno de los muchos que pidieron la conservación de los pabellones de Jareño, por la doble razón de su propia dignidad arquitectónica y de su papel de elementos separadores entre la zona de tránsito y la futura zona de jardín. Sin embargo, ante los famosos "hechos consumados", creo inútil hablar, y ante el futuro sólo pienso que debe hacerse algo muy sencillo: el estacionamiento subterráneo en el centro del terreno, que realmente hace mucha falta en ese lugar, y un borde de árboles de gran porte, trasladados, ya crecidos como ahora puede hacerse, que oculten en lo posible los lados de Serrano y Goya de que trata Chueca. La solución de estos frentes debe ser la que propone Chueca, pero como su realización será lenta, pido esta plantación en el contorno para resolver el problema rápidamente.

Despachadas ya las cuestiones del pasado y del futuro, queda el presente, la situación actual, que para mí ha constituido una sorpresa extraordinaria. La famosa frase del surrealismo, "encuentro fortuito de una máquina de coser y una bicicleta en la cama de operaciones de un quirófano", se queda tímida ante la realidad que vemos hoy en la Plaza de Colón. Creo que

es el paisaje con que hubieran soñado Magritte, Dalí o Tanguy: un desierto arenoso al lado del mayor río de circulación de Madrid, rodeado de los objetos arquitectónicos más dispares, y casi todos ellos, extraordinarios. Las torres de Lamela, *tal como están ahora*, el palacete ruinoso de Castillo Olivares, el contraste entre las casas que siguen hasta la nueva de la esquina de Goya (impares) y Serrano (pares), y las antiguas de ésta última, muy ordenadas, pero rota al final su armonía con la de esquina a Jorge Juan. Para completar, la incomodidad que produce el hecho de que la Biblioteca Nacional tiene desiguales los dos torreones, pues el de Serrano tiene cuatro metros más que el otro en anchura, siendo la altura y la composición idéntica en ambos. Y para añadir picante al conjunto, el monumento gótico de Colón en el sitio más agitado.

Es el verdadero paisaje onírico, hecho realidad. No sé describirlo ni pintarlo, pero creo que deberían hacerlo los poetas y pintores del actual surrealismo, antes de que desaparezca y se convierta en una plaza más o menos banal. Quizá Gómez podría, con su máquina, pintar el cuadro que immortaliza esta situación de hoy, con la luz violenta del verano que se acerca. Luz como la del Cadaqués de Dalí y de las ciudades italianas de Chirico.

LUIS MOYA

EFECTIVAMENTE la sesión del 15 de abril fue decepcionante, pero en mi opinión no porque no se reunieran pareceres o ideas sobre cómo debe ser la Plaza de Colón (sobre ello hemos visto ya 48 soluciones).

Como experiencia que he vivido con gran intensidad, para mí todo el problema tiene un tono de pasado y me resisto a insistir en esa interminable discusión sobre trivialidades (todos sabemos ya sobradamente que las tres fachadas a la Plaza de Colón son diferentes y que los edificios en las esquinas de Génova son muy altos).

Sobre cómo debía ser la Plaza de Colón, yo expuse en su día mi opinión y mi proyecto ha estado expuesto al público con los demás (con los dos jareños en pie como posible peculiaridad).

A lo que realmente acudimos todos a la reunión del Ministerio de la Vivienda (y perdona mi audacia en la suposición) fue a analizar todo un modo de proceder de la Administración (Local en esta ocasión), que en este caso, como en bastantes otros, por desgracia, fue absolutamente incorrecto.

Y a analizar también el porqué de nuestro fracaso comunitario, como arquitectos y urbanistas de una sociedad concreta, ante los vergonzosos resultados del Concurso, de cuya exposición pública yo sólo puedo deducir dos conclusiones sin saber exactamente cuál es la realidad.

O bien nuestra sociedad actual carece por completo de una verdadera cultura y nos movemos en una traumática situación de perplejidad, o bien esta cultura es absolutamente minoritaria y los arquitectos y urbanistas no formamos precisamente parte de esa minoría.

Para mí el Concurso fue una muestra de nuestro total despiste e incapacidad para plantearnos el problema del diseño urbano, del espacio urbano, de la cultura urbana (civilización). Y me asustó sobre todo en relación con lo que todos vamos a seguir haciendo (o deshaciendo) en los próximos años (la Plaza de Colón es sólo un minúsculo trocito en el ingente problema urbano y urbanístico en que estamos metidos).

Otra muestra notable de incultura urbana fue la propia reunión del 15 de abril, unida a todo el proceso anterior: no llegamos a plantearnos el tema de fondo y soportamos impávidamente una gestión pública que no nos gustó, a la que finalmente terminamos proponiendo ruegos y preguntas.

Modestamente, y de un modo muy juvenil (y por lo tanto probablemente estúpido), dirigí al Alcalde de Madrid en su día la carta cuya copia te acompaño, no para darle publicidad sino para tu personal conocimiento y para que me entiendas. Y entiendas también por qué no dije todo lo que te digo ahora en aquella reunión, porque me daba vergüenza, como a algunos de los presentes, "contar mi caso".

Y me limité a plantear un *ruego* (reconociendo que no debería ser este nuestro tono) de que se establezca un estudio especial de las dos manzanas entre Serrano, Goya, Lagasca y Villanueva, pieza testimonial muy importante de una de las (pocas) *Ordenaciones* de Madrid.

Respecto de estas dos manzanas disiento por completo del criterio de Fernando Chueca ya que un aumento de *dos o tres plantas* en los edificios originales que las forman equivalen a su absoluta destrucción, modificando, por una parte, las proporciones en los patios de manzana (piezas casi únicas y muy importantes de jardín urbano comunitario) y, por otra, las propias proporciones de la Plaza de Colón, que aún cuenta en este lado con un frente visualmente abierto.

Venimos manejando como único recurso y principal motor la medianería-fobia. La existencia de una medianería nos atañe a todos y nos vemos obligados a elevar plantas en los edificios colindantes para taparla, y después hay que tapar las nuevas medianerías que se producen etcétera. Para mí la solución si hay una medianería que estorba es *quitarla*. (Expropiar las plantas que sobren y demolerlas). Porque los intereses de la comunidad priman sobre los individuales, con sus correspondientes indemnizaciones si es el caso.

Y si no se quiere recurrir a estas medidas por drásticas o impopulares, aguantemos la presencia del elemento que desentona como lección o penitencia pero no nos empeñemos en estropear lo que tenemos de bueno para cubrir los errores que hayamos cometido.

Algún día (que no es hoy, no te preocupes) habría que hablar de nuestros magníficos edificios "con boina". (Ministerio del Ejército, antiguo Senado, edificio del Café Gijón y tantos otros) y también del curiosísimo Registro de Solares y *Edificación Insuficiente y de la imposición de alturas edificables indiscriminadamente en función de un ancho de calle, sin atención a unas tónicas de altura ya existentes o a la calidad de los edificios, etcétera.*

Creo que, aparte del Concurso de la Plaza de Colón, existen muchos más temas de los que se debe hablar.

JUAN ENRIQUE DE BALBIN

SERIA ligereza tratar de resolver en pocas líneas y menos tiempo la problemática de la Plaza de Colón y del solar liberado por el derribo de la Casa de la Moneda, pero el comentario informal de algunos extremos conocidos, si no sirve de ayuda tampoco tiene por qué causar daño.

La primera observación que cabe hacer es que Colón es ante todo, un cruce de vías y en cuanto tal un conato de plaza, insinuado por las alineaciones cóncavas de su margen izquierda y el ligero retroceso de la derecha. Dentro de esta encrucijada la Castellana —vía parque, cada vez más vía y menos parque— es el elemento fundamental mientras que el solar de la Casa de la Moneda es casi una manzana más de las marginales a aquella vía.

La manzana tiene ciertamente una vocación de foro ciudadano análogo, aunque menos noble y muy en tono menor, al del conjunto Museo-Academia-Cason-Jerónimos. No hay que olvidar que hasta hace unos años tenía un uso industrial —impresión o acuñación de moneda— afín en cierto modo a la vecina Biblioteca. Si bien la manzana está favorecida por el esplendor de la luz de poniente no ocupa una situación topográfica dominante, ni la vista desde la calle Génova es tan abocinada y bien dirigida como desde la Carrera de San Jerónimo. El posible foro se encuentra demasiado próximo a la Castellana, sin el énfasis que produce un cierto alejamiento o un desarrollo en profundidad y con unas espaldas mal cubiertas: las de la trasquilada calle de Serrano.

A la idea del desarrollo de un foro con diversos sectores o ambientes, como marco para el intercambio ciudadano —social, político, cultural, amatorio o de negocios— se opone la condición de solar inedificable, tan rigurosa, que obligó en su día al derribo de los Jareños. Esta imposición genera un problema adicional ya que supone dejar visibles las fachadas de Serrano y Goya no compuestas para los nuevos puntos de vista abiertos por la piqueta.

Los elementos empleados en la composición urbana no tienen un valor propio y absoluto sino que son enfatizados o disminuidos en su expresión por su entorno inmediato y por otros hechos circunstanciales, intencionados o casuales, como son la luz, el ángulo de vista y la distancia a las que pueden ser contemplados. La calle de Serrano es un itinerario rectilíneo que, en su concepción primitiva y con su doble alineación de árboles en cada acera, no permitía visiones frontales sino oblicuas y elevadas hacia los pisos altos de la acera opuesta. Por esta razón los edificios podrán ser de diseño distinto sin que la escena callejera sufriera demasiado.

Si se quieren dejar visibles es preciso componer los alzados al nuevo espacio y ello supone derribar los edificios antiguos —de un tono modesto y discreto, sin pretensiones monumentales y sujetos a invariantes de gran sencillez: alturas uniformes, materiales y colocaciones homogéneas, distribución regular

de huecos y vuelos reducidos— y sustituidos por otros con el gálibo permitido por las Ordenanzas. Esta solución es buena en cuanto puede paliar el incremento de desorden que se produciría si cada propietario actuara por su cuenta acogiéndose a las alturas y libertades de composición permitidas, pero no constituye una mejora esencial ya que destruye una sustancia urbana estimable y remacha en el tramo de calle una densidad doble de la actual. De forma indirecta tal medida contribuiría a singularizar el edificio de la Biblioteca, por bajo. En el caso que se adopte la composición rígida ésta deberá pensarse no sólo como frente de fachadas a la nueva plaza sino también como parte del itinerario de Serrano, para evitar el efecto delantal.

Partiendo de los supuestos dados y considerando inviable la idea del foro constituido por un conjunto de recintos y edificaciones de funciones diversas, situados en posición relativamente elevada, capaces de acompañar a la Biblioteca Nacional, de articular el espacio y de atenuar el desorden de las fachadas Serrano-Goya mediante una disposición que seleccione los puntos de vista deseables, el problema deriva irremediablemente hacia una solución verde. Manejando las masas vegetales es posible también obtener barreras visuales formadas por árboles de gran porte, de hoja perenne o caduca. Para la organización de este *espacio ajardinado* hay dos posibilidades elementales:

— islote independiente rodeado por cuatro vías importantes de tránsito rodado, con nivel elevado sobre la Castellana o ascendente de Castellana a Serrano.

— incorporación del nuevo espacio al de la Biblioteca mediante la supresión, real o aparente, de la calle Jorge Juan. Aquí hay un abanico de posibilidades desde la simple yuxtaposición de Biblioteca y parque —orientados ambos con igual rango a Castellana— hasta la plena subordinación del jardín al edificio en ejes, niveles, masas y diseño.

No hace falta decir que la primera solución es muy pobre, aunque resulta la más adecuada para mantener sin distorsiones la red viaria a un solo nivel, mientras que la segunda más rica en potencialidades empieza a ser conflictiva con uno de los datos del problema: mantenimiento de la alta capacidad de tránsito de la encrucijada. Si se suprime Jorge Juan el reparto de cargas asignadas a los elementos de la red se desequilibra, pero si sólo se escamotea hundiendo la vía en el terreno ello se obtiene a costa del confort y de la calidad visual de la vía, aun en el caso de funcionamiento fluido y normal por no hablar de posibles atascos en el túnel. Parece que los puntos positivos aportados en superficie se puedan corresponder aproximadamente con los negativos en el subsuelo y el balance final resulte con pocas alteraciones. En realidad lo que existe es una contradicción difícilmente superable entre dos exigencias del programa propuesto: *Jardín de reposo y encrucijada de vías fundamentales*.

Otra importante cuestión es la del estacionamiento subterráneo, cuya previsión parece encontrarse poco de acuerdo con la condición de inedificable del solar. ¿De qué depende el que un solar esté edificado o no? ¿Es sólo una cuestión de niveles? ¿O depende de que sirva de asiento a una estructura constructiva con un uso y una intensidad determinados? Si el

estacionamiento estuviera por encima de la rasante se calificaría como un silo para automóviles que infringiría las condiciones de la cesión, pero al estar por debajo parece que no es así. No obstante, el uso elegido generaría un cierto número de viajes, fácilmente cuantificable en cuanto se investiguen las necesidades y los hábitos de sus futuros usuarios, lo que acrecentará la circulación alrededor de la manzana. Se trata también de una edificación cuya utilización hay que suponer a título oneroso produciendo en consecuencia unos beneficios que quizá tienen la finalidad de reponer las cantidades desembolsadas en la ejecución de la nueva plaza. Parece por otro lado, que resultaría insensato desperdiciar una ocasión de paliar los problemas de estacionamiento en la zona, aunque cabe preguntarse también si resulta oportuno alentar con nuevas facilidades el proceso congestivo del centro o convendría mejor usar las propias limitaciones de la estructura urbana actual como filtros que impidieran una incidencia mayor de la tolerable para el organismo de la ciudad.

La interpretación de si una edificación lo es o no según se encuentre por encima o por debajo de la rasante abre, sin duda, nuevas perspectivas. Porque lo mismo que se pretende construir rampas y plazas de estacionamiento, sería posible construir bajo la rasante, y dentro de un foso que abarcara toda la manzana, un gran complejo cívico que, volviendo al motivo inicial, podría bautizarse con el nombre de Foro de los Sordos, y esto por dos razones principales. Primera, por la tendencia de los habitantes de toda gran aglomeración a hablarse sin entenderse y segunda, porque en un nivel inferior al de las calzadas los ruidos del flujo circulatorio no se percibirían con la intensidad habitual y no molestarían. Se estaría como en un mundo submarino, en una nueva ciudad dentro de la ciudad.

La organización interior sería análoga a la de una loncha de gruyere, con muchos agujeros. Por debajo del nivel de la rasante oficial se dispondrían una o dos plantas con luz y ventilación a través de claustros, plazas e incluso jardines. Esta disposición de conjunto, celular, podría parecerse en cierta medida al proyecto de Candilis para la Universidad libre de Berlín, pero por debajo de la rasante y con mayor amplitud de espacios. Un defecto de esta solución si se empleara al 100 por ciento es que desde el exterior no tendría carácter representativo puesto que no habría prácticamente elementos que emergieran a la superficie, salvo la estatua colombina con su basamento en el plano inferior del Foro y su remate en el aire madrileño como un periscopio presto a nuevos descubrimientos de realidades ocultas. Cabría emplear soluciones menos puras, pero en cualquier caso la cubierta, plana, sería toda ella accesible como paseo, con láminas de agua que podrían servir de claraboyas para los niveles inferiores con los que se comunicaría mediante rampas o escalinatas. Desde el plano superior se podría gozar las vistas del nuevo edificio de Medinaceli de arquitectura muy pulida y de los Lamelas, de volúmenes ciertamente más altos que los de su pareja de predecesores en esta encrucijada. La solución introvertida permitiría resolver a nivel las exigencias circulatorias, y el empleo potestativo de soluciones elevadas o enterradas.

Todo lo anterior no es quizá más que una elucubración caprichosa e inútil, por la que habría que disculparse, pero puestos en esta tesitura, y siempre al margen de las penas y glorias de la difícil empresa madrileño-colombina, el cuerpo le pide a uno hacer una última propuesta, no se sabe si más o menos irreal que la precedente, respecto al segundo motivo de estos comentarios —el jardín de reposo y solaz. La llamada Plaza de Colón es una encrucijada de caminos y como tal un reto que exige visión, comprensión y decisión. El nuevo espacio de Colón ha de ser representativo —recibo de la ciudad— pero también debiera ser simbólico. El hombre actual no comprende su destino y escapa a este dolor por simplificación de su estructura psíquica, automatización de su conducta y banalización de su experiencia vital. ¡Qué mejor lugar que una encrucijada para disponer el *Parque del Sin Sentido*! Aquello que no se comprende parece sin sentido y absurdo. Este es el campo del arte abstracto. Un Parque abstracto, o sea sin sentido, no necesita rellenarse con esculturas y mosaicos de artistas actuales y menos en tal emplazamiento, sino que puede obtenerse como un *collage* de fragmentos del Madrid pasado, que se cae o se tira, a la luz actual: tramo de bulevares, grupo de estatuas dispares rescatadas de los almacenes, mobiliario urbano antiguo, ruinas fingidas, verjas que nada encierran y entre otras cosas, ¡¡por qué no!, la estimable palmatoria de Colón.

PEDRO PINTO

CUANDO Cristóbal Colón, el navegante de origen genovés para la mayoría, gallego para algunos, y tortosino para muy pocos, inició el día tres de agosto de 1492 su viaje a las Indias Orientales dando el rodeo que tan importantes consecuencias iba a tener para el futuro de la humanidad, estoy seguro que no se le pasaría por la imaginación la idea de que su apellido, o su nombre y apellido juntos, con el devenir de los tiempos, iba a ser de uso obligado en la toponimia urbana de las ciudades, villas y pueblos españoles. A los nombres extraídos del Santoral, y los nombres de lugares y cosas, quizá fuese el de Colón, el primero correspondiente a una personalidad histórica, que se integró en el nomenclátor de nuestros callejeros. Así, calle de Colón, Avenida de Cristóbal Colón, Paseo de Colón, Glorieta de Colón, Plaza de Colón...

Aquí en Madrid, se utiliza para dar nombre a una calle y a una plaza. Seguramente, debió parecer menguado homenaje, el dar su nombre a la antigua calle de Santa Catalina la Vieja, hoy Colón, en el castizo Barrio de las Maravillas; y en cuanto se tuvo ocasión, al expansionarse la Villa hacia el Nordeste de la mano del Marqués de Salamanca, se bautizó con el nombre del navegante, mejor dicho con su apellido, la Plaza que se formaba en la unión del comienzo del Paseo de la Castellana, con las entonces amplias rondas exteriores, hoy insuficiente eje viario transversal.

Madrid, que es una ciudad con río, aunque menos, y que me perdone el Manza, no recibe excesiva influencia del curso fluvial en su desarrollo urbanístico; sin embargo, una modes-

ta vaguada, la de la Castellana, sirve de eje principal Norte-Sur a su trazado viario; a la vez que ella misma, y los espacios urbanos que se crean en sus bordes, forma un conjunto lineal de indudable categoría urbana. Víctor D'Ors, lo ha comparado en alguna ocasión, certeramente, con el Gran Canal de Venecia; los Campos Elíseos parisinos, también tienen sus partidarios; y para enaltecer nuestro eje urbano representativo, con ellos muchos lo comparan.

Una vez derribados los edificios de la antigua Casa de la Moneda, digamos en un inciso, que con una rapidez innecesaria y digna de mejor causa, como si por parte de la piqueta, en este caso municipal, hubiera un soterrado y pueril temor de alguien por medio de unos sencillos planos, demostrase que no era necesario el sacrificio de la excelente arquitectura de Jareño —una vez derribada la antigua Casa de la Moneda, decíamos— se dispone de un espacio libre para crear una gran Plaza. Madrid, villa de Plazuelas, a sus escasas Plazas dignas de tal nombre, Mayor, Oriente, España... y alguna más, puede añadir una nueva.

Hace ya bastante tiempo, que se celebró el Concurso de ideas convocado por el Ayuntamiento madrileño; se hizo público el fallo; se realizó por sorpresa, y en un ambiente apartado y gélido la exposición de los trabajos presentados, que tuvo escasa repercusión entre los madrileños, como si a éstos no les importase ni poco ni mucho el futuro de la nueva Plaza de Colón. Nuevos temas con más garra, desplazan el interés de los vecinos hacia otras latitudes; la ampliación de la Casa de Campo, que de alguna forma debe compensar los terrenos cedidos para la Feria del Campo, Parque de Atracciones, Zoológico y lo que venga; la puesta en valor, para su utilización social de la Sierra de Guadarrama, lejana; más cerca la Torre de Valencia, en éstos momentos más conocida y popular que las de Cuarte y Serranos juntas de mi ciudad natal.

Modestamente opino, que cualquier solución que se adopte, debe tener como principal punto de mira, su congruencia y adecuación con el hombre, en este caso representado por el vecino de Madrid. Se debe crear un espacio para que lo utilicen, y lo llenen con su presencia, madrileños y forasteros. Que sea utilizado, por los ancianos y los niños. Las razones estéticas, después; y más atrás todavía las funciones para terminar con las técnicas. El nudo de circulación, que se resuelva con todos los pies forzados que la primacía de los factores digamos humanos obligue.

Porque no basta con que puedan tomar el sol los ancianos en la Glorieta de Embajadores, como suele acontecer; ni que los niños jueguen al guá o al balón donde buenamente pueden; creo que honra a una ciudad el hecho de que estas actividades, y las tertulias al aire libre, y el paseo del mocerío, se efectúan en sus ambientes más céntricos y representativos.

¡Seremos capaces, ahora en 1971 aquí en Madrid, de no cegarnos con grandilocuencias estéticas, ni dejarnos arrastrar por soluciones técnicas, irreprochables, para limitarnos a brindar a los madrileños un trozo de ciudad para su uso y disfrute?

Eso es, precisamente, lo que queda por ver.

JULIAN PEÑA